

LA ETIMOLOGÍA DE LA PALABRA «BALROG»: ENTRE LA REALIDAD Y LA FICCIÓN

Fernando Cid Lucas
Luis Javier Conejero Magro



De que J.R.R. Tolkien (1892-1973) fue un destacado lexicógrafo y lingüista, lo mismo que un apasionado por rastrear y desarrollar etimologías (tanto en las lenguas que él estudió como las que luego creó), no tenemos la menor duda¹. Una pasión que le valió construir minuciosamente las características de los personajes que salían de su imaginación, revistiéndolos con la carga del significado de los nombres que les otorgaba. Lo que nos interesa en este breve artículo será cómo el ámbito de las etimologías de lenguas habladas en el mundo real se entrelaza en la obra de Tolkien, como un nudo mágico, con las artificiales. Para ello, tomaremos como sencillo ejemplo un vocablo que todo lector de las obras del escritor de Bloemfontein conocerá: «balrog».

Todos evocaremos al pronunciar la palabra «balrog» —y la saga dirigida por Peter Jackson nos lo ha puesto más fácil— a un demonio de proporciones gigantescas (aunque, en sus libros, Tolkien no nos da dicha referencia a su estatura desmesurada, sino, más bien, todo lo contrario); es una criatura demoníaca y de fuego, que es el elemento que lo define. En relación a esto, las propias armas de los balrogs son armas de fuego, lo mismo los látigos que las espadas, que serían instrumentos terribles para cualquier adversario. La inspiración, una vez más, le pudo haber llegado a Tolkien tras leer los pasajes relativos a un personaje poco conocido aún para nosotros: Surtr, proveniente de la vieja mitología noruega. En

ella, Surtr es un gigante malvado, en concreto, el jefe de los gigantes de fuego, que habitan en Muspelheim, el más elevado de todos los reinos. Surtr blande una espada llameante, muy parecida a la que se describe en las manos de los balrogs de Tolkien. Y tanto Surt como los balrogs lucharán contra sus enemigos, los aliados del bien, hasta el fin de los días, con ira ciega y sin darles tregua.

Como sucede con Tolkien, los personajes de las viejas sagas escandinavas muestran física y psicológicamente lo que son desde el significado de sus nombres; Surtr, por ejemplo, es «el negro», «el bruno», o bien «el ennegrecido», en referencia al poder rugiente de los volcanes de lava oscura con los que podría identificarse este personaje mitológico, puesto que su furor desmedido sería el causante de las erupciones de los volcanes de Islandia. Es resistirse a toda una tentación no escribir aquí que este gigante malvado, con armas ardientes, pudo servir de inspiración a Tolkien para crear (al menos en parte) a sus temibles balrogs.

LA PALABRA «BALROG» SEGÚN TOLKIEN

¿Pero qué nos aporta el nombre de esta criatura a la comprensión de su naturaleza? Al estudiar la historia de la palabra «balrog», comprobaremos que el vocablo ocupó a Tolkien desde bien pronto. Hacia 1918, y en una lengua inventada suya menos conocida que el quenya o el sindarin, el gnomish², *balrog*



estaría formada por *balc-* = 'cruel' + *graug* = 'demonio'; un demonio cruel. Bastante tiempo después, hacia 1940, redactando ya *The Lord of the Rings*, repensó el término en noldorin, realizando la suma de significados tal como sigue: *balch* = 'cruel' + *rhaug* = 'demonio', con idéntico significado que el término en gnomish, con una equivalencia en quenya: *malarauko* (nacida de *nwalya* = 'torturar' + *rauho* = 'demonio', el demonio que tortura). En cualquier caso, lo que parece estar claro es que su creador quería dejar bien patente su naturaleza demoníaca, muy diferente a la de los humanos o elfos; y a esta añadió los tintes psicológicos del personaje: cruel, dañino...

Evidentemente, el erudito, el profesor universitario, está tras cada uno de los personajes que salen de su pluma, está en cada una de sus psicologías, construyéndolas de forma muy consciente. Nuestra opinión, pues, es que Tolkien se divertía, encontraba atractivo (incluso necesario) jugar a construir personajes según el significado de su nombre. Por ejemplo, Legolas, en sindarin es 'hoja verde', y sabemos que el elfo, además de vestir dicho color, era ligero y ágil como una hoja. Melkor, en quenya, es 'el que surge en el poder', en alusión a que él es, de entre todos los Ainur, el más poderoso.

UN POSIBLE REFLEJO EN LAS LENGUAS REALES

Vista la etimología imaginativa que Tolkien dio a la palabra «balrog», volvemos la vista a las lenguas reales que le sirvieron de inspiración para inventar las suyas. Y en ellas encontramos sugerentes semejanzas con algunos temas encarnados en este demoníaco personaje.

En primer lugar encontramos una posible fuente de inspiración en el noruego antiguo, donde *bál* viene a significar 'pira' o 'fogata', lo mismo que en danés, en sueco y en noruego el término *bål*. Pensemos que, por ejemplo, el epíteto *báleygr* («el del ojo llameante») es uno de los *kenning*³ que sirve, en la vieja literatura nórdica, para referirse al dios supremo Odín.

Por otro lado, nos atrevemos a aportar aquí una teoría muy sugerente que (al menos nosotros) no hemos encontrado recogida en ningún texto; y es que *rog* tuviese que ver con el vocablo actual *rock* (fon: /rɒk/), originario de alguna lengua céltica^{4,5}, y que en el Inglés antiguo fue **rocc* 'roca', uniendo en una misma palabra piedra y fuego, dando

lugar al monstruo de Tolkien en significado y apariencia.

Vemos, pues, que el juego de las etimologías, donde los significados reales sirven para acuñar nuevos significados, es práctica normal en Tolkien, lo mismo que «reutilizar» el viejo material heroico (de *Beowulf* o de las diferentes *Eddas*, por ejemplo) para construir sus historias.

Así, el ejercicio, que muchos comenzamos a realizar hace unos años, consistente en tratar de comprender el vasto universo creado por Tolkien en su totalidad, tendríamos que replanteárnoslo y, tal vez, comenzar a comprenderlo desde los nombres propios, desde la toponimia o la hidronimia. Pensamos que todo lo creado por dicho autor surge de esbozar desde una «nada» solo aparente, para, gradualmente, primero con un nombre, luego con un lugar en el que insertarlo y, de forma progresiva, con el ponerlo en relación con otros personajes, con otros lugares... tejiendo así la grande y complicada telaraña que es su obra.



- 1 FISHER, Ellen Rose, «An analysis of Tolkien's use of Old English language to create the personal names of key characters in *The Lord of the Rings* and the significance of these linguistic choices in regards to character development and the discussion of humanity in the novel more widely», *Innervate: Leading Undergraduate Work in English*, vol. 6, 2013-2014, pp. 21-34; o algunos de los trabajos contenidos en el libro de CHANCE, Jane (ed.), *Tolkien the Medievalist*, London, Routledge, 2002.
- 2 «I-Lam na-Ngoldathon: The Grammar and Lexicon of the Gnomish Tongue», *Parma Eldalamberon*, n.º 11.
- 3 El *kenning* es una figura retórica muy usada en la literatura de los siglos IX al XII en las regiones correspondientes a los actuales países de Noruega e Islandia. Tiene la particularidad de nombrar la cosa por una palabra que lo caracteriza debido a una anécdota (en caso de que el *kenning* se refiera a un dios escandinavo), reemplazando la parte de la cosa por el todo, o bien, simplemente, haciendo la asociación por contigüidad.
- 4 Tal vez provenga del idioma galò.
- 5 Ver: <http://etimologias.dechile.net/?rock> (última consulta: 04/02/18).